

Las sombras de los árboles comenzaban a dibujarse sobre la hojarasca, temblorosas y alargadas ante el inminente amanecer. Luciano iba primero, farol en mano, y tras él su hijo Sancho, quien a sus nueve años de edad ya era capaz de cargar con todas las herramientas él solo.

El padre señaló un claro en el bosque y ambos caminaron hasta allí. El mozo dejó los pertrechos y se sentó en un tronco caído, a la espera del resto de trabajadores, mientras su padre observaba el bosque con mirada crítica. Le gustaba llegar antes que el resto de la cuadrilla que dirigía, y esperaba que el joven Sancho siguiera su ejemplo algún día.

La tarea que tenían por delante aquella jornada y las que vendrían después sería ardua. Hacía tan solo unos días que un maestro constructor y varios carpinteros de ribera venidos del norte habían recorrido el bosque seleccionando y marcando los árboles necesarios para la construcción de un galeón. Doscientos robles, nada más y nada menos, diseminados por aquel inmenso bosque que se extendía ininterrumpidamente por las laderas de varios montes.

Él lo conocía bien; había crecido en aquellos bosques de Sakana. Podría asegurar que incluso sabía la situación exacta de cada uno de los árboles, ya que muchas de sus formas no eran casuales o naturales, si no que él mismo, y antes que él su padre y su abuelo, los habían ido cultivando generación tras generación.

Luciano pidió la bota de vino a su hijo y le dio un buen trago. Luego miró al cielo, entre las copas desnudas de los árboles, y pareció como si olfateara el aire. El tiempo era el adecuado; el invierno había entrado y la luna se encontraba en menguante, momento en el que la savia de los árboles descendía. Tampoco había tiempo que perder, ya que pronto llegarían las primeras nieves y

dificultarían enormemente su trabajo, y más aún el posterior traslado de los troncos a los aserraderos, donde los transformarían en las piezas definitivas para la construcción de aquellas casas flotantes de las que Luciano y Sancho tan solo habían oído hablar en el mercado del pueblo o en la taberna. Aquellas naves llenas de velas y cordaje que servían para cruzar unos mares que jamás habían tenido ocasión de ver.

El propietario de la fábrica de lonas y vitres de Cervera recorría la nave principal de su factoría con toda tranquilidad, las manos a la espalda y una leve sonrisa de satisfacción dibujada en su joven rostro. No le faltaban razones. La vida se estaba portando bien con él o, al menos, así lo pensaba. Hacía tan solo unos días que su joven esposa le había dado un nuevo hijo, varón esta vez, por lo que no cabía en sí de gozo. Además, el negocio no dejaba de ir en alza, lo que en pocos años le había convertido en uno de los hombres más prósperos de la comarca. En sus ropas se denotaba su solvencia, ya que, aunque no le gustara ostentar demasiado y vistiera con moderada sobriedad, sus zapatos, calzas, camisa y jubón estaban confeccionados con los mejores paños, algunos de ellos traídos de Flandes, La Rochelle o Inglaterra.

Sabía bien que todo aquello era gracias a su abuelo paterno, que hacía ya más de medio siglo tuvo la genial idea de abandonar el cultivo del cáñamo y dedicarse a su manufacturación, montando un pequeño taller de cuerdas. Y después a su padre, que dio el siguiente paso al invertir sus pocos ahorros en aquellos viejos telares con los que empezaron a fabricar sus primeras lonas de vitre. Ahora la factoría contaba con dos naves a pleno rendimiento; la principal, donde se ubicaban los ocho grandes telares para la fabricación de lonas, y la cordelería, donde hombres y mujeres de la comarca confeccionaban todo tipo de cabos y maromas. Y se sentía orgulloso de ello.

Por si eso fuera poco, el joven empresario había mandado levantar una nueva nave anexa a la principal donde instalar cuatro telares más traídos desde Bretaña. La construcción naval era una industria en auge que no dejaba de crecer cada día que pasaba y la demanda era tanta que no conseguía satisfacerla. Hacían falta una media de seis varas de cuerdas y maromas y dos juegos de enormes y diversas velas para aparejar una sola nao... Y eran muchas las que se construían cada año, tan solo en el Cantábrico. Cada uno de sus telares, a pleno rendimiento y manejados por dos operarios, apenas producían una braza de lienzo vitre al día, pero le habían asegurado que aquellas traídas de Bretaña supondrían una gran ventaja. Así lo esperaba. Ansiaba el momento de verlas colocadas y en funcionamiento.

Sabía que tan solo era un sueño, un sueño similar al de un niño que fantasea con ser un gran caballero, pero en más de una ocasión había jugueteado con la idea de que quizá, algún día, su factoría pudiera ser honrada con el título de Real Fábrica de Lonas y Vitres. En aquellos casos siempre solía sonreír y espantaba sus quimeras con un movimiento de la mano. Pero, quién sabe; quizá, algún día...

Los hombres cargaron los últimos toneles en los carromatos, ayudados por sus familias. Los arrieros de Quintanar de la Sierra, pertenecientes a la Real Cabaña de Carreteros, se disponían a partir de nuevo, esta vez cargados con barriles de brea con destino a la costa cantábrica.

Aquel producto, cada vez más demandado, resultaba imprescindible para la construcción y mantenimiento de cualquier tipo de embarcación. Mezclada con estopa, la brea se utilizaba para calafatear las naves más grandes, labor que había que realizar cada cierto tiempo si se quería mantener la nao en buenas condiciones, y para lo que hacía falta más de media tonelada de pez. Además,

hasta la chalupa más pequeña se pintaba con este producto negro y viscoso, con el fin de impermeabilizar la madera y hacerla más duradera. El codiciado producto se conseguía a partir de la resina de ciertas especies de coníferas, por lo que la gran abundancia de pinares en la sierra burgalesa había hecho prosperar a muchos resineros de la zona y, por ende, a los carreteros que la transportaban hasta la costa.

Pedro Ortega era quién dirigía aquel grupo; un hombre hosco, curtido en mil travesías. También le acompañaban su hermano, su hijo mayor y dos de sus sobrinos. El resto del grupo lo completaban cinco hombres en los que confiaba tanto como en sus propios familiares.

—¿Todo dispuesto? —preguntó a su hermano, y este asintió con seriedad.

No solo se refería a la carga en sí, sino que a los víveres y pertrechos que necesitarían durante el camino. Y también a las armas que portaban para su propia protección. Cada uno de los hombres llevaba una daga, un hacha o un garrote, siempre a mano, aparte de dos viejos arcabuces que mantenían ocultos, pero fácilmente accesibles, en el primero y el último de los carromatos. El camino que se disponían a seguir no era especialmente peligroso, pero bandidos y asaltadores los había en todos sitios, por lo que siempre era mejor ir prevenido; por lo que pudiera pasar.

Pedro conocía muy bien la ruta, tantas veces recorrida. Desde Burgos se dirigirían a Vitoria y de allí continuarían hasta adentrarse en el valle del Deba. Siguiendo el cauce descendente del río, llegarían a su destino, que no era otro que el puerto fluvial de Alzola, sin pérdida y sin grandes dificultades. Una vez descargados los cinco carromatos y cobrados sus dineros, regresarían por el mismo camino, lo que les llevaría unas diez o doce jornadas, según el clima y los imprevistos.

Los hombres se despidieron de sus familias con abrazos y promesas de que todo iría bien. Pedro se puso al frente del primero de los carromatos y azuzó a las bestias para que comenzaran a andar. Los dos primeros bueyes iniciaron la marcha y el resto les imitaron, con paso lento pero seguro, allá donde sus amos los guiaran.

Tinc, tonc, tinc, tonc... El eco difundía el sonido del martillo de la herrería de Manuel Olaizola por todo el valle de Oiartzun, haciendo honor al nombre del lugar. Desde el alba hasta que se ponía el sol, sin apenas descanso, Manuel y su joven aprendiz trabajaban sin resuello, sudorosos y sucios de hollín.

Hacía tiempo que el herrero había dejado de fabricar herramientas agrícolas y utensilios domésticos para dedicarse en pleno a la industria naval, pero, aún así, eran tantos los encargos que le llegaban que no daba abasto. Varios días atrás un campesino del lugar le había encargado azadas, hoces y otros instrumentos de labranza, pero Manuel había rechazado el pedido categóricamente. Ahora lo suyo eran las puntas de jabalina, sangraderas y arpones, anclas y cadenas, calderas para fundir la grasa de ballena, herramientas para el despiece de los cetáceos y, sobre todo, clavazón para todo tipo de embarcaciones.

Manuel no tenía descendencia. Durante años fue el sueño y anhelo que compartió con su querida esposa; un vástago al que transmitir sus conocimientos y que heredara el apellido. Pero ahora, a sus cuarenta y cinco años, se había resignado a lo evidente; Dios no les había otorgado el don de la fertilidad. Por ello, y aunque le costó mucho tomar aquella decisión, cuando se vio abrumado por el trabajo resolvió contratar como aprendiz al hijo menor de uno de sus vecinos de mayor confianza.

El muchacho era despierto y trabajador. Todas las mañanas se presentaba sin retraso, ponía atención en lo que le explicaba y tra-

bajaba hasta el anochecer sin quejarse. Pero aún le quedaba mucho por aprender.

—No, así no. Tienes que coger el clavo con las pinzas, justo por debajo de la cabeza —le dijo al tiempo que le cogía los instrumentos de las manos y le mostraba la manera correcta—. Así, ¿ves?

El mozo asintió muy serio y siguió con su tarea, tal y como su patrón le había indicado. Manuel lo observó con satisfacción y regresó a sus quehaceres. Ya era media tarde y aún le quedaban por forjar doscientos clavos para completar el encargo de un cliente de Hondarribia. No eran muchos, al fin y al cabo, cuando se necesitaban alrededor de mil para la construcción de una sola chalupa ballenera.

Tinc, tonc, tinc, tonc, un día más, la herrería de Manuel Olaizola no silenciaría su ritmo metálico hasta que el astro rey se ocultara tras las montañas.

En el caserío Landaberri la actividad era frenética. Toda la familia Lekuona, desde el más joven al más anciano, se afanaba en la elaboración de la sidra de aquella nueva temporada. Hacía varios días que incluso los más pequeños habían participado en la recogida de la manzana, provistos de cestos y de un palo con un clavo en su extremo al que llamaban *zizkia* y que servía para pinchar las manzanas caídas de los árboles. También habían bailado, como todos los años, la tradicional *sagardantza* o baile de las manzanas al acabar la tarea.

Ahora, el trabajo consistía en transportar la fruta recolectada desde el almacén hasta los recipientes de madera donde los más jóvenes y vigorosos de la familia la machacaban, ayudados del *pisoi*, un martillo de madera de gran tamaño con el que golpeaban las manzanas de arriba abajo; como si tocaran la *txalaparta* con un solo palo grueso y pesado.

La cosecha había sido buena y, como era costumbre, familiares de otros caseríos habían acudido a Landaberri para ayudar durante aquellos días. No fue así el año pasado, cuando un pedrisco en mala hora echó a perder más de la mitad de la cosecha. Por ello, Julián, el menor de los Lekuona, llevaba dos años sin ver a su prima, de su misma edad, con la que solía jugar en los prados y trepaba a los árboles. La sorpresa que se llevó fue mayúscula.

La niña menuda y risueña que él recordaba se había convertido en una mujercita. Sus caderas se habían ensanchado y le habían crecido los pechos, formando dos bultos redondos bajo la blusa. Su rostro, bello y lozano, había adquirido los colores de la madurez, como las manzanas justo antes de su recolección.

Por alguna razón que él desconocía, aquel año aún no había conseguido sacar el coraje para dirigirle siquiera una palabra. ¡A ella, con la que tantas veces antes había compartido sueños e inquietudes! Y, sin embargo, no podía dejar de mirarla. Su rostro sonrojado por el esfuerzo del trabajo, el contoneo de sus caderas y las redondeces del generoso cuerpo que intuía bajo sus ropas lo tenían embelesado. En ocasiones, ella lo descubría observándola y le sonreía furtivamente, con una mezcla de rubor y picardía.

El pescozón que le dio su hermano mayor hizo que Julián regresara de su abobamiento.

—¡Espabila! —le espetó con mucha sorna.

Una vez machacadas las manzanas, los dos hermanos llevaron la pasta resultante al interior del *tolare*¹, donde su padre procedería al prensado al día siguiente, ya que era recomendable dejar mace-
rar la *patsa*² durante un día entero.

El cabeza de familia se mostraba satisfecho. Aquel había sido un buen año. Dentro de unos meses, cuando el vino de manzana

¹ Lagar.

² Se le denomina a la especie de puré resultante de machacar las manzanas.

estuviera debidamente fermentado en las grandes *kupelas*³ de roble, tendrían suficiente incluso para abastecer a varios de los barcos que partirían hacia Terranova, ya fuera a cazar ballenas o a la pesca del bacalao, lo que les reportaría unas ganancias con las que podría recuperarse del batacazo recibido el año anterior. El campo era así; se dependía de los elementos y estos no siempre respetaban los ciclos establecidos. Tan solo quedaba cruzar los dedos y rezar para que el año siguiente la fortuna volviera a sonreírles.

³ Tonel.